

ADIÓS, JERÓNIMO, ADIÓS

Escrito por Ventolina Durbasson

Modalidad: Relato.

III Certamen “Alergia y Humanidades”

SEAIC 2018

Cuando nos conocimos yo tendría diez u once años, ¿lo recuerdas? Llegaste a casa con una amiga. Con ella y con unas cuantas más, entre grititos y risas, después de utilizar mi inhalador a escondidas y sin permiso, subí trotando los dos pisos que nos separaban de la azotea. Allí, lejos de la incordiante mirada de los adultos, tuvieron lugar las oportunas presentaciones.

He de confesarte que me caíste fatal, Jerónimo, a mí y a todas, tanto, que los días siguientes sentíamos nauseas recordándote. Pensé que no quería saber nada más de ti y me preguntaba cómo había personas que se sentían tan a gusto contigo.

Pero no soy rencorosa, así que cuando uno o dos años después apareciste de nuevo con otra amiga, esta vez con un inconfundible aroma mentolado, decidí darte una segunda oportunidad. Fue en la playa, ¿te acuerdas? Cogíamos las bicicletas y nos íbamos a los pinares a echar el rato contigo.

No te lo tomes a mal, Jerónimo, pero estoy convencida de que por aquellas fechas te buscábamos, más que nada, porque nos tenían prohibido estar contigo, así que cuando acabó aquel verano te perdí de vista y reconozco que no te echaba de menos.

A partir de ahí, durante una larga temporada, cuando aparecías esporádicamente en las reuniones que frecuentaba, pasaba olímpicamente de ti e incluso llegué a reprochar a mis amistades que se relacionasen contigo. Las vueltas que da la vida..., no somos nadie, ¿verdad, Jerónimo?

Nuestros siguientes encuentros fueron breves y fortuitos, durante los inolvidables recreos del Instituto. El día que me ponía la vacuna de la alergia y no podía jugar al baloncesto, unas cuantas nos escapábamos contigo detrás del edificio y reíamos sin parar, nerviosas, temiendo ser sorprendidas.

Pero hasta que no llegué a la Facultad, no te reconocí cómo inmejorable y fiel compañero:

Nadie como tú, querido Jerónimo, acompañó mis interminables noches de estudio.

Nadie como tú, Jerónimo querido, conseguía tranquilizarme antes de cada examen.

Sabes, y estoy segura de que no me lo reprochas, que tengo que dejarte: Tantos años de convivencia contigo y con el asma, empiezan a deteriorarme. Y comprendo, inseparable compañero, que nuestra relación no es nada saludable.

Pero ahora me piden que te insulte, que te vilipendie, que reniegue de ti. No temas Jerónimo, jamás lo haré. No soy una desagradecida.

Yo no, cariño, aunque corran estos tiempos de todo vale y si te he visto no me acuerdo. Porque libremente decidí compartir contigo los mejores, los más importantes momentos de mi vida; y tú diste la talla y estuviste a la altura.

¿Cómo renegar de aquellas rápidas caladas en mi dormitorio, con medio cuerpo fuera de la ventana para que tu olor no se percibiera?

Aquellas nerviosas caladas después del primer beso. ¿Es posible olvidar como se entrelazaban sobre el sofá nuestras volutas de humo? Las de aquel hermoso amor, ese que tú y yo sabemos.

Reuniones con canciones y guitarra, reuniones clandestinas, de mucha charla ¡y tanta inocencia!, (esas en las que arreglábamos el mundo). Reuniones de cerveza y carcajadas: tan limpias, tan sanas, que si no las hubiese enturbiado una densa nube de humo parecerían sacadas de una película de Walt Disney.

¡Y como buscaba tu compañía tras los primeros desengaños! En el amor, en la amistad, en el trabajo. El corazón desbocado y las manos temblorosas; imposible saber si debido a la ansiedad o porque abusaba del Salbutamol cuando estaba nerviosa.

Momentos inolvidables, tristes o gloriosos: ¡Todos los compartí contigo, querido compañero!

Pero la vida es así Jerónimo, y sabes como yo, que debo decirte adiós para siempre.

¡Qué pillo eres! ¡Un maravilloso, un vital, un optimista cachondo mental! Aquí sigues, entre mis amigos, guiñándome con complicidad.

Te quiero sinvergüenza, y en casa siempre serás bien recibido. Nunca te repudiaré, ni criticaré tu olor, ni tus cenizas.

Sabes eso, cariño, tan bien y tan clarito como que nuestra pareja se divorcia para siempre.

Sin rencor y agradecida, exhalaré esa última calada de nuestra despedida. Después, lentamente, suavemente para no hacerte daño, te apagaré en mi mejor cenicero.

¡Adiós querido, queridísimo! ¡Adiós, Jerónimo, adiós!